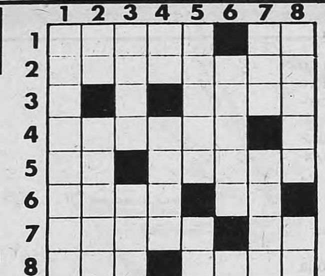
Con censura 3

Las palabras que responden a las definiciones que damos en orden para cada fila y columna, se introducen normalmente en el cuadro, salvo por un pequeño detalle: hay una letra del abecedario que está a lo largo y ancho de todo el crucigrama y que debe saltearse cada vez que aparece.
Ejemplo: **si la letra censurada fuera la *R*, una palabra como *PERRERA* entraría en el cuadro como PEEA.**



☐ HORIZONTALES

1. Víbora muy venenosa del norte argentino. / Hombre encargado del cuidado de los niños.
2. Pormenores.
3. Percibiera los sonidos.
4. Gesto, mueca.
5. Abreviatura de ítem. / Hierba que pace el ganado.
6. Desconoció, no admitió. / Interj. que se usa para animar.
7. Corriente de agua de poco caudal. / Norma.
8. Radio de una rueda. / Reman hacia atrás.

☐ VERTICALES

1. Predecir lo futuro.
2. Monarca. / Repite una cosa.
3. Embarcaciones de recreo. / Tela de seda.
4. Dios del sol, entre los egipcios. / Ayuda, protección.
5. Chicha, bebida. / Antigua lengua provenzal.
6. Pasase la vista sobre lo escrito.
7. El día anterior al de hoy. / Corta los árboles por el pie.
8. Atrevido. / Unidad monetaria del Japón.

SOLUCION 2

Letra censurada: La U.

Horizontales: 1) Fugaz / Luto. 2) Arrumaços. 3) Balones. 4) Luna / Tres. 5) Ad / Menuda. 6) Emana. 7) Aula / Sud. 8) Masa / Usía.

Verticales: 1) Fábula / Emú. 2) Grande. 3) Arula / Más. 4) Zumo / Maula. 5) Antena. 6) Lucerna. 7) Tosed / Sí. 8) Os / Saluda.

Verano/12

SUEÑOS DE VERANO

UN SERVICE EN EL COUNTRY

(Por Luis Bruchstein) Abrió la puerta y se soltó el pelo como si se le escaparan los sueños de la cabeza. Tiró los zapatos y echó a correr hacia el baño mientras se desabotonaba la blusa dispuesta a dejar escurrir bajo la ducha los problemas con el personal, las curvas de ventas y sobre todo, sobre todo, las cicatrices de esa guerra con los machos en un mundo de hombres belicosos.

Se sintió en paz y sonrió con el gesto ciertamente seguro y mandón de capitán de granaderos o de mujer que ha ganado su independencia y tarareó un polvoso jingle: "Has recorrido muchacha, un largo camino..." que le quedó atorado en la garganta y ni siquiera atinó a cubrirse cuando se topó con el bulto sudoroso y resoplante doblado bajo la canilla de la bañadera.

—¿Qué es esto?, ¿quién es usted? —rugió a esos ojos que la miraban como soldadores de acetileno con dos llaves stetson en los bíceps.

El hombre se enderezó apoyándose con torpeza en la llave de la ducha y el agua lo empapó, paralizado por el pánico y ni pestañeaba para no provocar a la fiera.

—Soy el plomero del country, señora —balbuceó—, estaba arreglando el agua caliente...

Un resorte atávico de sus sueños parpadeó luz verde y supo que por última vez ese fin de semana usaría el tono imperioso de jefa de hombres, domadora de leones, "vieja amazona —pensó— ha llegado la hora del descanso" y levantando la voz ordenó:

—Esto no va a quedar así. Usted va a probar ahora mismo si funciona. Quédese en la bañadera y llénela con agua caliente.

El plomero se sentó, desorientado, y abrió la canilla.

—Sáquese los pantalones, —dijo ella— estamos entre gente grande.

La miró como un cordero que va al sacrificio, sintiendo que se le escaldaba la parte más sensible de la piel.

—Me quemo —dijo con un hilo de voz.

—Entonces abrimos un poco el agua fría —dijo ella, pero ahora tierna y sumisa— porque voy a estar nada más que para servirte hoy y mañana.

Y mientras hablaba, buscaba el linimento para masajes, las sales de baño, servicial y hacendosa, mujer japonesa, pendiente del más mínimo de sus deseos. Y el otro día, domingo de fútbol, él sentado en la cama clavado frente al televisor, rodeado de latas vacías de cerveza:

—Vieja, traé más queso con salamines.

Y ella ajetreando en la cocina, preparando amorosamente una ensalada de tomate y ajo, una picada con cebollitas roquefort, pepinillos y almejas, recogiendo latas, cenizas y puchos en el dormitorio y haciéndole masajes en los pies mientras él gritaba los goles y se peleaba con los referís.

El lunes a la mañana subió al auto y partió de regreso a su guerra, otra vez distante como una reina de Saba, con el puño crispado sobre el sable a medio desenvainar y de repente un terrible bocinazo, un camión que la esquiva y el famoso grito de "¡andá a lavar los platos!"

Eligió la palabra más puerca para una respuesta furiosa y después, más tranquila, pensó: "Solamente cuando quiero descansar, carajo".

HISTORIAS DEL CASINO

Por Manuel Vicent

El español Manuel Vicent —cuyas notas aparecen en el diario *El País*— es uno de los periodistas que mejor se mueve en la franja —a veces tenue— que separa al periodismo de la literatura. En este relato, Vicent recorre los casinos —palabra que en la Argentina lleva, inevitablemente, a pensar en Mar del Plata y en el éxito de unos pocos— de otras geografías y descubre escenas de triunfo y miseria que acá se pueden intuir.

Acababa de ducharse, de frotarse los bajos con una esponja empapada de sales. Se había afeitado con tres pasadas de navaja hasta dejarse en carne viva las cocochas. Sacó del armario el traje gris marengo con el que se había casado cinco años antes, se puso una corbata plateada, unos zapatos negros de punta italiana, aunque fabricados en Elda, y a las diez en punto de la noche el hombre estaba ya preparado para enfrentarse con su suerte. Era la primera vez que entraba en un casino de juego. Hecho un brazo de mar, subió los peldaños de mármol bajo los hirvientes neones. En el vestíbulo, una azafata le guió hasta la computadora de recepción para ficharle, y después este héroe, natural de Almería, panadero de profesión, penetró en aquel espacio donde un elegante murmullo de maldiciones se condensaba en torno a las mesas de azar.

Con los bolsillos atiborrados de fichas y la cara color sobrasada, el panadero de Almería merodeó por los corros buscando acomodo, hasta que un caballero desplumado le cedió la silla caliente en una ruleta francesa. Se sentó entre gente fina, de blasfemia baja, damas con pechuga de gasa, señores con esmoquin y uñas de manicura. El panadero había llegado a la cumbre. Y aunque tenía el cuello corto, nada hacía presagiar que su suerte estuviera tan cerca. El llevaba el ocho metido en la morra. Había nacido el ocho, del ocho, del treinta y ocho. De modo que no lo dudó. Cogió un puñado de fichas de mil pesetas y lo puso en el ocho. No va más. Era la primera vez en su vida que desafiaba al azar. Su historia eran quince años en camiseta de imperio, empolvado de harina hasta las cejas, en la boca de un horno familiar, con el que había conseguido amasar una pequeña fortuna arrancada del pan, de los bollos, de las rosquillas con anisete, especialidad de la casa. No había tenido una sola sorpresa en su biografía. Nunca había jugado a la lotería, al bingo, a las quinielas ni al cupón de los ciegos. De pronto se vio sentado a la mesa de una ruleta entre elementos muy distinguidos y un crupier que depositaba las fichas y rastrillaba el tapete con una suavidad diabólica.

No va más. La bola volaba como un pájaro por la cornisa de caoba; estaba iniciando ya la bajada. Dio unos saltos neuróticos contra los pivotes en la última curva y cayó en el ocho. El panadero sintió una punzada debajo de la corbata. Soltó un gruñido de dolor y ya no tuvo tiempo para más. Dobló el tronco sobre el brazo de la silla y quedó fulminado, con la boca torcida y los ojos abiertos, cada uno en dirección contraria. En la mesa hubo cierta confusión, pero no mucha. El crupier llevó hacia el panadero muerto tres paletadas repletas de fichas, producto de su suerte, y la elegante clientela siguió apostando como si nada, hasta que después de cuatro vueltas uno preguntó con exquisita finura:

—¿Qué se hace con éste?

—Alguien debe llamar a un médico.

—Mejor a una funeraria directamente.

—Deprisa, porque esto gafa.

Un caballero con esmoquin aprovechó la circunstancia para dar un ligero zarpazo a las fichas del difunto, que asistía al juego con la lengua fuera. Finalmente, llegó un jefe, arrastró hacia atrás la silla del panadero sin disimular el cabreo y lo dejó aparcado en una zona de nadie, en medio del salón. Alguien prestó una capa castellana y con ella la mujer de los lavabos cubrió al muerto, mientras en la mesa los vecinos trataban de repartirse su dinero. Pero la cuestión fue zanjada en seguida. La dirección del casino cambió las fichas sobrantes de la rapiña por algunos billetes y el director en persona se acercó al panadero de Almería, le levantó discretamente la mortaja y le depositó las ganancias en el bolsillo de la chaqueta. Después de una hora se oyó una sirena de ambulancia. Dos camilleros atravesaron el salón y se llevaron el fiambre al depósito de cadáveres con 300.000 pesetas de lastre.

Un jugador curiosamente marcado

El Gran Casino brilla en la noche como un supermercado y, dentro, la gente va vestida con una elegancia de boda. Bandas de tenderos endomingados, de menestrales en celo, de oficinistas planchados componen el grueso de una parroquia que se deja las pestañas en las mesas de *black-jack* o que picotea hasta quedarse tiesa en la ruleta americana. Este público recién lavado, con una fiebre turística del oro, forma un paisaje por donde se mueven a sus anchas los buenos profesionales. Por ejemplo, aquí hay un señor al que la falta una oreja. Es un caballero de mediana edad, alto y fofo, con dos montones de fichas hasta la altura de las tetillas. Hace media hora que está al pie del tajo anotando minuciosamente en una libreta los caprichos de la bola. No interviene. El caballero cree en la ley de los grandes números. Está sacando un cálculo de derivadas y espera en actitud científica a que Pitágoras le indique el momento de apostar. De pronto garabatea en el papel una rápida operación de quebrados, se le enciende la papada de emoción y respira hondo. La ocasión exacta ha llegado. Adelanta todo su caudal y lo deposita de una vez a pleno en el treinta y dos y caballos. La bola cae en el once. Y el caballero se queda limpio como la tapa de una pianola. Ha perdido esta noche tres millones de pesetas.

Pero nadie se le acerca esta noche melifluamente por la espalda para sacarlo del apuro, como la otra vez. Este es un jugador marcado. Cuando en aquella ocasión tuvo también una sesión aciaga, dos prestamistas le ofrecieron sus servicios a pie de obra. Gentilmente le depositaron en el bolsillo un millón de pesetas sin firmar un papel para que pudiera seguir jugando hasta reventar. No pasaba nada. Ellos tenían el gusto de aceptar un 10% de interés diario a condición de recuperar la cantidad en una semana. El hombre fue algo remiso en pagar. Al cabo de un mes recibió una llamada de teléfono y la voz anónima le dijo que conocía perfectamente el colegio adonde iban sus hijos. El jugador desbancado atravesaba una mala racha y no pudo vender unas acciones a tiempo. Encima se puso un poco borde. Un día del segundo trimestre vencido, al entrar en el portal de casa, se encontró con el ascensor abierto, donde un par de rufianes le esperaban sonriendo con una muela de estaño. La operación quirúrgica fue muy rápida, se produjo entre el segundo y el tercer piso. Uno le sujetó la cabeza con una llave de corbata, mientras el otro sacaba una navaja de monte. De pronto, el más mañoso le dio un tajo seco en el parietal, que le afeitó la patilla y se llevó la oreja por delante. Al bajar al portal el cirujano y su ayudante saludaron amablemente al portero, que oía un transistor, y una vez en la calle arrojaron el apéndice del moroso en la primera alcantarilla.

El Gran Casino lanza destellos de nave espacial un poco hortera y bajo su copa de plástico fosforescente van llegando más chaquetones de zorro, más estolas de visón, más abrigos azul marino, propios para bodas, entierros, bautizos y firmas de testamentaría. Ahora el director del casino atiende con sonrisa de conejo las súplicas de un jugador arrepentido. Es un cliente de la casa, constructor o algo así, que quiere saldar una deuda de 2.600.000 pesetas con una serie de talones aplazados. No hay inconveniente. Con ojos arañados por la desdicha del momento, el perdedor le pide que no le deje pisar más el local, que le eche a patadas si algún día le ve por allí. Así lo hará. Pero una vez puesto a firmar, el hombre cae en la cuenta de que bien podría redondear la cifra hasta tres millones justos si el director, por última vez en su vida, ya lo oye, por última vez, tuviera la gentileza de fiarle las 400.000 pesetas restantes. Tampoco hay inconveniente. El jugador arrepentido se ve de pronto con la faltriquera repleta de fichas y mientras acaba de firmar los talones, apuesta con desgana toda la cantidad prestada al diecisiete, caballos y cuadro. El crupier echa a volar el pajarito y entonces Dios en persona se cuelga de la lámpara verde y hace el milagro de que el pleno caiga en el diecisiete, tres veces seguidas, para que no haya dudas. Todavía no se había guardado la estilográfica con que firmó su deuda cuando el jugador arrepentido ya era rico de nuevo. Se había recuperado de la pérdida e incluso había ganado 1.200.000 pesetas más. El tipo no atribuyó el milagro a Dios, como era su obligación, sino al crupier, que según él, le había echado tres veces la bola a su número para que el casino no perdiera un cliente tan gordo.

Un gafe metido en nómina

El crupier no lleva bolsillos en el traje, está de pie o sentado sobre unas losetas de plástico duro para que suenen las fichas si caen al suelo; tampoco puede dar la mano a nadie durante el juego ni en el trayecto hacia la sala privada donde descansa cuando es relevado. Hay un reglamento estricto, que fija las normas de su conducta, destinado a que el jugador no vea en el crupier a un enemigo, a un prestidigitador o a un ilusionista malvado ni se sienta en inferioridad de condiciones frente a la habilidad vertiginosa de sus largos dedos. Pero eso es imposible.

En la relación neurótica entre las matemáticas y el azar, el crupier ejerce el papel de médium, que invoca siempre para el jugador unos poderes irracionales y adversos. El crupier es un enemigo mortal. Veinte años acariciando la cadencia de los números hasta las cuatro de la madrugada, echando a rodar el cilindro en el momento exacto, decidiendo la fracción de segundo en que soltará la bola de sus dedos, forman una experiencia unida al pulso de la sangre. Los jugadores van armados con patas de conejo, herraduras, amuletos bantúes, pañuelos atados, agujas de ceremonia vudú clavadas en un crupier de serrín. En medio de la esquizofrenia general que se establece en torno a la ruleta, a veces la pata de conejo funciona. Hay un jugador desbocado en la racha que está a punto de hacer saltar los forros del tapete y de llevarse por delante hasta la pajarita del jefe de mesa. Para estos casos extremos el casino tiene un gafe en nómina, que es un digno empleado de la casa.

El gafe está sentado en una silla de subalterno, cerca de los lavabos, va vestido de un gris funcionario y lee una revista del corazón esperando órdenes. Tiene un expediente intachable. Fue cerillero de un bar donde un día se desplomaron las vigas maestras del techo sobre los clientes al instante de haber estornudado. Trabajó de guarda en una empresa que quebró sin que los dueños pudieran llevarse el dinero a Suiza. Su mujer murió de una operación de amígdalas. No hay más que verlo con las ojeras moradas, las cejas altas y un color de albaricoque en la quijada caída. Llega un momento en que son necesarios sus servicios. La señora de los lavabos le despierta de su sopor.

—Que te llaman.

—¿A mí?

—Sí a ti. A trabajar.

Un empleado de esmoquin le hace señas desde un ángulo del salón. El gafe se levanta de la silla fijándose en la nuez el nudo de la corbata funeral y se acerca a su superior. Este le cuchichea unas órdenes concretas al oído.

—En la mesa cinco.

—Sí, señor.

—Aquel tipo de pelo blanco, con la chaqueta a cuadros. ¿Lo ves bien?

—Sí, señor.

—Ponte a su lado. Y no te muevas.

—Como mande.

Hay algo glorioso en la cara de un jugador que está barriendo. En las sienes salpitantes, en la mirada ardiente se le instala un brío de gladiador o de jinete en plena galopada. Así está aquel tipo de la chaqueta a cuadros. Las ganancias le llegan hasta la barbilla después de rebosarle todos los bolsillos, y ahora las fichas comienzan a asomarse ya por sus orejas. Y el crupier no hace otra cosa que llevarle a su jurisdicción sucesivas paletadas de material. Se ha establecido un fluido magnético entre el azar y su capricho. El jugador suelta carcajadas histéricas cada vez que la bolita obedece sus órdenes. Está a punto de hacer saltar la banca. Entonces el gafe se coloca a su lado. Nada más. La sombra cenicienta se cierne sobre el pescuezo del triunfa-

HISTORIAS DEL CASINO

Por Manuel Vicent

El español Manuel Vicent —cuyas notas aparecen en el diario *El País*— es uno de los periodistas que mejor se mueve en la franja — a veces tenue— que separa al periodismo de la literatura. En este relato, Vicent recorre los casinos —palabra que en la Argentina lleva, inevitablemente, a pensar en Mar del Plata y en el éxito de unos pocos— de otras geografías y descubre escenas de triunfo y miseria que acá se pueden intuir.

Acababa de ducharse, de frotarse los bajos con una esponja empapada de sales. Se había afeitado con tres pasadas de navaja hasta dejarse en carne viva las cocochas. Sacó del armario el traje gris marengo con el que se había casado cinco años antes, se puso una corbata plateada, unos zapatos negros de punta italiana, aunque fabricados en Elda, y a las diez en punto de la noche el hombre estaba ya preparado para enfrentarse con su suerte. Era la primera vez que entraba en un casino de juego. Hecho un brazo de mar, subió los peldaños de mármol bajo los hirvientes neones. En el vestíbulo, una azafata le guió hasta la computadora de recepción para ficharle, y después este héroe, natural de Almería, panadero de profesión, penetró en aquel espacio donde un elegante murmullo de maldiciones se condensaba en torno a las mesas de azar.

Con los bolsillos atiborrados de fichas y la cara color sobrasada, el panadero de Almería merodeó por los corros buscando acomodo, hasta que un caballero desplumado le cedió la silla caliente en una ruleta francesa. Se sentó entre gente fina, de blasfemia baja, damas con pechuga de gasa, señores con esmoquin y uñas de manicura. El panadero había llegado a la cumbre. Y aunque tenía el cuello corto, nada hacía presagiar que su suerte estuviera tan cerca. El llevaba el ocho metido en la morra. Había nacido el ocho, del ocho, del treinta y ocho. De modo que no lo dudó. Cogió un puñado de fichas de mil pesetas y lo puso en el ocho. No va más. Era la primera vez en su vida que desafiaba al azar. Su historia eran quince años en camiseta de imperio, empolvado de harina hasta las cejas, en la boca de un horno familiar, con el que había conseguido amasar una pequeña fortuna arrancada del pan, de los bollos, de las rosquillas con anisete, especialidad de la casa. No había tenido una sola sorpresa en su biografía. Nunca había jugado a la lotería, al bingo, a las quinielas ni al cupón de los ciegos. De pronto se vio sentado a la mesa de una ruleta entre elementos muy distinguidos y un crupier que depositaba las fichas y rastrillaba el tapete con una suavidad diabólica.

No va más. La bola volaba como un pájaro por la cornisa de caoba; estaba iniciando ya la bajada. Dio unos saltos neuróticos contra los pivotes en la última curva y cayó en el ocho. El panadero sintió una punzada debajo de la corbata. Soltó un gruñido de dolor y ya no tuvo tiempo para más. Dobló el tronco sobre el brazo de la silla y quedó fulminado, con la boca torcida y los ojos abiertos, cada uno en dirección contraria.

En la mesa hubo cierta confusión, pero no mucha. El crupier llevó hacia el panadero muerto tres paletadas repletas de fichas, producto de su suerte, y la elegante clientela siguió apostando como si nada, hasta que después de cuatro vueltas uno preguntó con exquisita finura:

—¿Qué se hace con éste?

—Alguien debe llamar a un médico.

—Mejor a una funeraria directamente.

—Deprisa, porque esto gafa.

Un caballero con esmoquin aprovechó la circunstancia para dar un ligero zarpazo a las fichas del difunto, que asistía al juego con la lengua fuera. Finalmente, llegó un jefe, arrastró hacia atrás la silla del panadero sin disimular el cabreo y lo dejó aparcado en una zona de nadie, en medio del salón. Alguien prestó una capa castellana y con ella la mujer de los lavabos cubrió al muerto, mientras en la mesa los vecinos trataban de repartirse su dinero. Pero la cuestión fue zanjada en seguida. La dirección del casino cambió las fichas sobrantes de la rapiña por algunos billetes y el director en persona se acercó al panadero de Almería, le levantó discretamente la mortaja y le depositó las ganancias en el bolsillo de la chaqueta. Después de una hora se oyó una sirena de ambulancia. Dos camilleros atravesaron el salón y se llevaron el fiambre al depósito de cadáveres con 300.000 pesetas de lastre.

Un jugador curiosamente marcado

El Gran Casino brilla en la noche como un supermercado y, dentro, la gente va vestida con una elegancia de boda. Bandas de tenderos endomingados, de menestrales en celo, de oficinistas planchados componen el grueso de una parroquia que se deja las pestañas en las mesas de *black-jack* o que picotea hasta quedarse tiesa en la ruleta americana. Este público recién lavado, con una fiebre turística del oro, forma un paisaje por donde se mueven a sus anchas los buenos profesionales. Por ejemplo, aquí hay un señor al que la falta una oreja. Es un caballero de mediana edad, alto y fofo, con dos montones de fichas hasta la altura de las tetillas. Hace media hora que está al pie del tajo anotando minuciosamente en una libreta los caprichos de la bola. No interviene. El caballero cree en la ley de los grandes números. Está sacando un cálculo de derivadas y espera en actitud científica a que Pitágoras le indique el momento de apostar. De pronto garabatea en el papel una rápida operación de quebrados, se le enciende la papada de emoción y respira hondo. La ocasión exacta ha llegado. Adelanta todo su caudal y lo deposita de una vez a pleno en el treinta y dos y caballos. La bola cae en el once. Y el caballero se queda limpio como la tapa de una pianola. Ha perdido esta noche tres millones de pesetas.

Pero nadie se le acerca esta noche melifluamente por la espalda para sacarlo del apuro, como la otra vez. Este es un jugador marcado. Cuando en aquella ocasión tuvo también una sesión aciaga, dos prestamistas le ofrecieron sus servicios a pie de obra. Gentilmente le depositaron en el bolsillo un millón de pesetas sin firmar un papel para que pudiera seguir jugando hasta reventar. No pasaba nada. Ellos tenían el gusto de aceptar un 10% de interés diario a condición de recuperar la cantidad en una semana. El hombre fue algo remiso en pagar. Al cabo de un mes recibió una llamada de teléfono y la voz anónima le dijo que conocía perfectamente el colegio adonde iban sus hijos. El jugador desbancado atravesaba una mala racha y no pudo vender unas acciones a tiempo. Encima se puso un poco borde. Un día del segundo trimestre vencido, al entrar en el portal de casa, se encontró con el ascensor abierto, donde un par de rufianes le esperaban sonriendo con una muela de estaño. La operación quirúrgica fue muy rápida, se produjo entre el segundo y el tercer piso. Uno le sujetó la cabeza con una llave de corbata, mientras el otro sacaba una navaja de monte. De pronto, el más mañoso le dio un tajo seco en el parietal, que le afeitó la patilla y se llevó la oreja por delante. Al bajar al portal el cirujano y su ayudante saludaron amablemente al portero, que oía un transistor, y una vez en la calle arrojaron el apéndice del moroso en la primera alcantarilla.

El Gran Casino lanza destellos de nave espacial un poco hortera y bajo su copa de plástico fosforescente van llegando más chaquetones de zorro, más estolas de visón, más abrigos azul marino, propios para bodas, entierros, bautizos y firmas de testamentaría. Ahora el director del casino atiende con sonrisa de conejo las súplicas de un jugador arrepentido. Es un cliente de la casa, constructor o algo así, que quiere saldar una deuda de 2.600.000 pesetas con una serie de talones aplazados. No hay inconveniente. Con ojos arañados por la desdicha del momento, el perdedor le pide que no le deje pisar más el local, que le eche a patadas si algún día le ve por allí. Así lo hará. Pero una vez puesto a firmar, el hombre cae en la cuenta de que bien podría redondear la cifra hasta tres millones justos si el director, por última vez en su vida, ya lo oye, por última vez, tuviera la gentileza de fiarle las 400.000 pesetas restantes. Tampoco hay inconveniente. El jugador arrepentido se ve de pronto con la faltriquera repleta de fichas y mientras acaba de firmar los talones, apuesta con desgana toda la cantidad prestada al diecisiete, caballos y cuadro. El crupier echa a volar el pajarito y entonces Dios en persona se cuelga de la lámpara verde y hace el milagro de que el pleno caiga en el diecisiete, tres veces seguidas, para que no haya dudas. Todavía no se había guardado la estilográfica con que firmó su deuda cuando el jugador arrepentido ya era rico de nuevo. Se había recuperado de la pérdida e incluso había ganado 1.200.000 pesetas más. El tipo no atribuyó el milagro a Dios, como era su obligación, sino al crupier, que según él, le había echado tres veces la bola a su número para que el casino no perdiera un cliente tan gordo.

Un gafe metido en nómina

El crupier no lleva bolsillos en el traje, está de pie o sentado sobre unas losetas de plástico duro para que suenen las fichas si caen al suelo; tampoco puede dar la mano a nadie durante el juego ni en el trayecto hacia la sala privada donde descansa cuando es relevado. Hay un reglamento estricto, que fija las normas de su conducta, destinado a que el jugador no vea en el crupier a un enemigo, a un prestidigitador o a un ilusionista malvado ni se sienta en inferioridad de condiciones frente a la habilidad vertiginosa de sus largos dedos. Pero eso es imposible.

En la relación neurótica entre las matemáticas y el azar, el crupier ejerce el papel de médium, que invoca siempre para el jugador unos poderes irracionales y adversos. El crupier es un enemigo mortal. Veinte años acariciando la cadencia de los números hasta las cuatro de la madrugada, echando a rodar el cilindro en el momento exacto, decidiendo la fracción de segundo en que soltará la bola de sus dedos, forman una experiencia unida al pulso de la sangre. Los jugadores van armados con patas de conejo, herraduras, amuletos bantúes, pañuelos atados, agujas de ceremonia vudú clavadas en un crupier de serrín. En medio de la esquizofrenia general que se establece en torno a la ruleta, a veces la pata de conejo funciona. Hay un jugador desbocado en la racha que está a punto de hacer saltar los forros del tapete y de llevarse por delante hasta la pajarita del jefe de mesa. Para estos casos extremos el casino tiene un gafe en nómina, que es un digno empleado de la casa.

El gafe está sentado en una silla de subalterno, cerca de los lavabos, va vestido de un gris funcionario y lee una revista del corazón esperando órdenes. Tiene un expediente intachable. Fue cerillero de un bar donde un día se desplomaron las vigas maestras del techo sobre los clientes al instante de haber estornudado. Trabajó de guarda en una empresa que quebró sin que los dueños pudieran llevarse el dinero a Suiza. Su mujer murió de una operación de amígdalas. No hay más que verlo con las ojeras moradas, las cejas altas y un color de albaricoque en la quijada caída. Llega un momento en que son necesarios sus servicios. La señora de los lavabos le despierta de su sopor.

—Que te llaman.

—¿A mí?

—Sí a ti. A trabajar.

Un empleado de esmoquin le hace señas desde un ángulo del salón. El gafe se levanta de la silla fijándose en la nuez el nudo de la corbata funeral y se acerca a su superior. Este le cuchichea unas órdenes concretas al oído.

—En la mesa cinco.

—Sí, señor.

—Aquel tipo de pelo blanco, con la chaqueta a cuadros. ¿Lo ves bien?

—Sí, señor.

—Ponte a su lado. Y no te muevas.

—Como mande.

Hay algo glorioso en la cara de un jugador que está barriendo. En las sienes salpitantes, en la mirada ardiente se le instala un brío de gladiador o de jinete en plena galopada. Así está aquel tipo de la chaqueta a cuadros. Las ganancias le llegan hasta la barbilla después de rebosarle todos los bolsillos, y ahora las fichas comienzan a asomarse ya por sus orejas. Y el crupier no hace otra cosa que llevarle a su jurisdicción sucesivas paletadas de material. Se ha establecido un fluido magnético entre el azar y su capricho. El jugador suelta carcajadas histéricas cada vez que la bolita obedece sus órdenes. Está a punto de hacer saltar la banca. Entonces el gafe se coloca a su lado. Nada más. La sombra cenicienta se cierne sobre el pescuezo del triunfador y le corta la corriente. A la media hora el pájaro ya está desplumado. Cumplida su misión, el gafe recibe un guiño amistoso del empleado y se retira.

— Muchas gracias.

—A mandar.

—Tome. Aquí tiene un puro Montecristo. Obsequio de la dirección.

—Agradecido.

—Está usted en plena forma.

—A ver.

El empleado le tira el puro por el aire, a dos metros de distancia, por si las moscas, y el gafe lo caza al vuelo. Tranquilamente se va hacia su silla junto a los lavabos, se sienta y enciende el Montecristo mirando con orgullo el fragor del gallinero. El hombre está contento porque en esta casa se le valora. Viene a salir por 60.000 al mes, dos pagas extraordinarias y Seguridad Social. Ahora su lucha consiste en conseguir un mes de vacaciones y en librar un día a la semana. Por otra parte, ya está afiliado a Comisiones Obreras. La cosa va bien, mientras no mermen sus facultades.

Un jeque con una toalla de nudos a la cabeza

El casino no es nada si no logra trincar a un árabe que mee en un orinal de oro macizo. Pero el relaciones públicas del casino esta vez se ha movido bien. Ha logrado cazar a un sujeto con chilaba que está a punto de llegar. Se trata de un árabe pobre, es decir, que no tiene avión privado porque desgraciadamente no se lo puede permitir. Sólo ha alquilado un Jumbo para este viaje y ha traído una reata de concubinas y un par de cabras. La dirección del casino ha reservado habitaciones para el jeque y su ganado en el mejor hotel de la ciudad. Ha puesto a su servicio cuatro señoritas de agencia para que le den masajes en seco a cualquier hora del día. Le ha obsequiado con un plato de sesos de canario como desayuno en cada jornada.

Las luces del casino se yerguen en la madrugada formando una cresta de gallo, y en este momento llega al pie de la escalinata una flota de coches de veinte metros de eslora. De cada portazo sale un gorila de cien kilos y se produce un corrimiento de tierra cuando un hombrecillo con una toalla de nudos en la cabeza emerge del fondo de un Rolls-Royce blindado, a prueba de un cañón, del dieciocho y medio. La corte del faraón avanza por el vestíbulo del casino y el jeque va pisando riñones de empleado, que se han echado de felpudo a sus pies. El director sale a su encuentro con los brazos en cruz, enseñando la dentadura, y al entrar en terreno del guardaespaldas número 14 dobla la bisagra hasta tocar la moqueta con la naricilla sudada.

La comitiva se apodera de una ruleta francesa, y el amo del desierto tiene ya a pie de chilaba un serón de fichas. El crupier más superdotado, el de las manos aladas, primero de su promoción, ha sido puesto como bailarín de esta danza oriental. El tipo de la toalla comienza a tirar chapas de 10.000 sobre el tapete como el que echa azúcar a los bollos, y muy pronto a su alrededor se forma un corro de horteras con la boca abierta. La cosa consiste en sacarle la pasta con cuatro reverencias por minuto. La dirección del casino confía en que Alá sea misericordioso y permita descerrajarle la bragueta de oro a su súbdito. No es nada fácil. El árabe ha jugado una hora con la palanca a tope, el tiempo suficiente para levantar siete millones de pesetas. En este punto da la sesión por terminada. Se pone en pie, se espolvorea la chilaba, mientras dos gorilas acuden a la caja con un saco de fichas y regresan luego metiendo a zarpazos los billetes en los maletines. El árabe se esfuma rodeado por una corte de músculos y el director del casino lo despide en la puerta con una sonrisa escarchada. Desde la ventanilla del Rolls-Royce el jeque hace un corte de manga y despega. Nadie lo volverá a ver. En el hotel ha tirado 100.000 pesetas en el pesebre de las cabras para que cenen.

A las tres y media de la madrugada todas las butacas del salón de juego están ocupadas por mujeres dormidas. Y el ambiente coge un aire de feria desvencijada. Un señor sudado, con el nudo de la corbata en la clavícula, se derrumba junto a su señora.

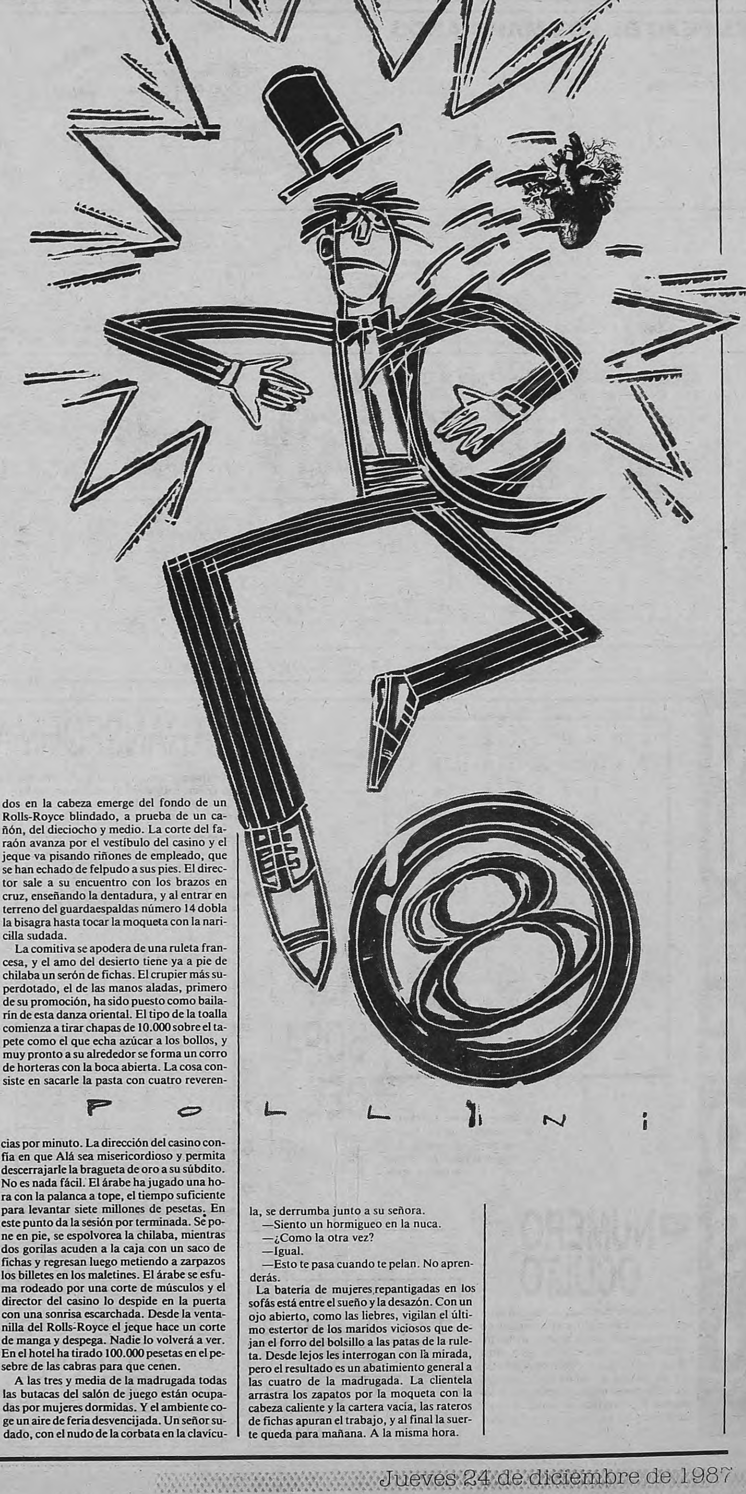
—Siento un hormigueo en la nuca.

—¿Como la otra vez?

—Igual.

—Esto te pasa cuando te pelan. No aprenderás.

La batería de mujeres repantigadas en los sofás está entre el sueño y la desazón. Con un ojo abierto, como las liebres, vigilan el último estertor de los maridos viciosos que dejan el forro del bolsillo a las patas de la ruleta. Desde lejos les interrogan con la mirada, pero el resultado es un abatimiento general a las cuatro de la madrugada. La clientela arrastra los zapatos por la moqueta con la cabeza caliente y la cartera vacía, las rateros de fichas apuran el trabajo, y al final la suerte queda para mañana. A la misma hora.



dor y le corta la corriente. A la media hora el pájaro ya está desplumado. Cumplida su misión, el gafe recibe un guiño amistoso del empleado y se retira.

— Muchas gracias.

—A mandar.

—Tome. Aquí tiene un puro Montecristo. Obsequio de la dirección.

—Agradecido.

—Está usted en plena forma.

—A ver.

El empleado le tira el puro por el aire, a dos metros de distancia, por si las moscas, y el gafe lo caza al vuelo. Tranquilamente se va hacia su silla junto a los lavabos, se sienta y enciende el Montecristo mirando con orgullo el fragor del gallinero. El hombre está contento porque en esta casa se le valora. Viene a salir por 60.000 al mes, dos pagas extraordinarias y Seguridad Social. Ahora su lucha consiste en conseguir un mes de vacaciones y en librar un día a la semana. Por otra parte, ya está afiliado a Comisiones Obreras. La cosa va bien, mientras no mermen sus facultades.

Un jeque con una toalla de nudos a la cabeza

El casino no es nada si no logra trincar a un árabe que mee en un orinal de oro macizo. Pero el relaciones públicas del casino esta vez se ha movido bien. Ha logrado cazar a un sujeto con chilaba que está a punto de llegar. Se trata de un árabe pobre, es decir, que no tiene avión privado porque desgraciadamente no se lo puede permitir. Sólo ha alquilado un Jumbo para este viaje y ha traído una reata de concubinas y un par de cabras. La dirección del casino ha reservado habitaciones para el jeque y su ganado en el mejor hotel de la ciudad. Ha puesto a su servicio cuatro señoritas de agencia para que le den masajes en seco a cualquier hora del día. Le ha obsequiado con un plato de sesos de canario como desayuno en cada jornada.

Las luces del casino se yerguen en la madrugada formando una cresta de gallo, y en este momento llega al pie de la escalinata una flota de coches de veinte metros de eslora. De cada portazo sale un gorila de cien kilos y se produce un corrimiento de tierra cuando un hombrecillo con una toalla de nudos en la cabeza emerge del fondo de un Rolls-Royce blindado, a prueba de un cañón, del dieciocho y medio. La corte del faraón avanza por el vestíbulo del casino y el jeque va pisando riñones de empleado, que se han echado de felpudo a sus pies. El director sale a su encuentro con los brazos en cruz, enseñando la dentadura, y al entrar en terreno del guardaespaldas número 14 dobla la bisagra hasta tocar la moqueta con la naricilla sudada.

La comitiva se apodera de una ruleta francesa, y el amo del desierto tiene ya a pie de chilaba un serón de fichas. El crupier más superdotado, el de las manos aladas, primero de su promoción, ha sido puesto como bailarín de esta danza oriental. El tipo de la toalla comienza a tirar chapas de 10.000 sobre el tapete como el que echa azúcar a los bollos, y muy pronto a su alrededor se forma un corro de horteras con la boca abierta. La cosa consiste en sacarle la pasta con cuatro reverencias por minuto. La dirección del casino confía en que Alá sea misericordioso y permita descerrajarle la bragueta de oro a su súbdito. No es nada fácil. El árabe ha jugado una hora con la palanca a tope, el tiempo suficiente para levantar siete millones de pesetas. En este punto da la sesión por terminada. Se pone en pie, se espolvorea la chilaba, mientras dos gorilas acuden a la caja con un saco de fichas y regresan luego metiendo a zarpazos los billetes en los maletines. El árabe se esfuma rodeado por una corte de músculos y el director del casino lo despide en la puerta con una sonrisa escarchada. Desde la ventanilla del Rolls-Royce el jeque hace un corte de manga y despega. Nadie lo volverá a ver. En el hotel ha tirado 100.000 pesetas en el pesebre de las cabras para que cenen.

A las tres y media de la madrugada todas las butacas del salón de juego están ocupadas por mujeres dormidas. Y el ambiente coge un aire de feria desvencijada. Un señor sudado, con el nudo de la corbata en la clavícula, se derrumba junto a su señora.

—Siento un hormigueo en la nuca.

—¿Como la otra vez?

—Igual.

—Esto te pasa cuando te pelan. No aprenderás.

La batería de mujeres repantigadas en los sofás está entre el sueño y la desazón. Con un ojo abierto, como las liebres, vigilan el último estertor de los maridos viciosos que dejan el forro del bolsillo a las patas de la ruleta. Desde lejos les interrogan con la mirada, pero el resultado es un abatimiento general a las cuatro de la madrugada. La clientela arrastra los zapatos por la moqueta con la cabeza caliente y la cartera vacía, las rateros de fichas apuran el trabajo, y al final la suerte queda para mañana. A la misma hora.

POLLINI

EL SEXO DE LOS MARCIANOS

Por **COPI**

¡TE ABANDONO!
¿TÚ?
PERO, VAMOS, RENÉE, ¿QUIÉN ES CAPAZ DE CARGAR CONTIGO?
¡UN MARCIANO!

OYE, QUERIDA, SÉ RAZONABLE...
¿SABES CUÁNTO NOS HA COSTADO TU ÚLTIMA DEPRESIÓN NERVIOSA?
SIN CONTAR LAS BROMAS QUE HE TENIDO QUE SOPORTAR EN LA OFICINA...
Y RECUERDA QUE FUE ASÍ COMO EMPEZÓ....
¡CREÍAS QUE TE HABÍA VIOLADO EL DEMONIO!
¡BUENO, YA COMIENZO A ESTAR HARTO!

¡SOY YO QUIEN VA A ACABAR POR ABANDONARTE!
¡MI MADRE TENÍA RAZÓN!
¡RING!
¿QUIÉN PUEDE LLAMAR A ESTA HORA?
¡MI MARCIANO!

ES MI MARIDO, SEÑOR MARCIANO.
¡ENCANTADO, SEÑOR DUTIRROIRE!
¡LA SEÑORA, DUTIRROIRE ME HA HABLADO MUCHO DE USTED!
TRABAJA EN SEGUROS, ¿NO?

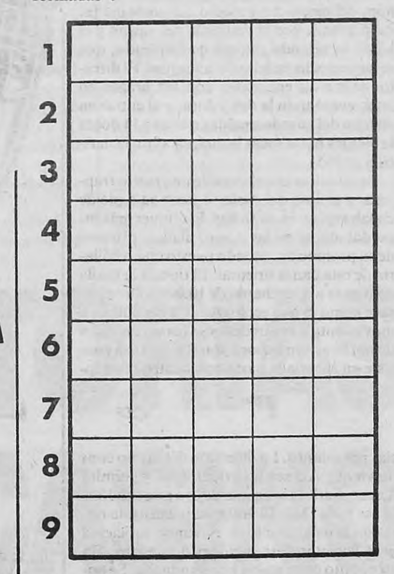
EDITORIAL ANAGRAMA

CONTINUARA

JUEGOS

3 "TRANSFORMACION"

Cada palabra se transforma en la siguiente por cambio de una sola letra. Al final todas las letras de la primera palabra resultan "transformadas".



DEFINICIONES

1. El que hace versos.
2. Abertura en los buques.
3. Fam. bofetada.
4. Pastel relleno.
5. Labor. Trabajo.
6. Junta de cosas iguales.
7. Persona nacida de la unión de individuos de castas diferentes.
8. Fuste de columna.
9. Aspecto de algún asunto.

3 "LA SOPA DEL 7"

A	G	E	R	D	I	Z	E	S	T
L	A	U	A	G	O	R	R	E	A
A	C	R	A	S	M	I	E	N	D
L	O	S	E	T	E	L	I	H	C
B	L	O	D	N	E	T	R	O	G
W	O	Z	E	X	N	M	O	R	A
P	M	A	R	E	T	L	A	J	O
E	B	E	G	B	W	R	C	L	N
R	I	R	X	R	R	H	E	I	A
S	A	A	T	O	I	A	E	I	S
G	U	B	N	H	C	G	S	P	T
U	A	U	G	A	R	A	C	I	N
I	L	C	N	R	E	O	R	A	L

Encuentre 7 paises americanos que pueden estar escritos en horizontal, en vertical o en diagonal tanto al derecho como al revés.

3 NUMERO OCULTO

Deduzca en cada caso un número compuesto por cuatro cifras distintas que no puede empezar con 0, a partir de los intentos que aquí aparecen. En la columna B (de bien) indicamos cuántos dígitos tiene ese intento en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

1

				B	R
				4	0
1	4	0	5	0	2
2	1	9	8	2	0
2	3	9	6	1	1
2	5	8	7	0	1

2

				B	R
				4	0
2	6	0	9	0	2
5	0	1	6	0	2
8	9	3	4	0	2
9	3	5	0	0	3

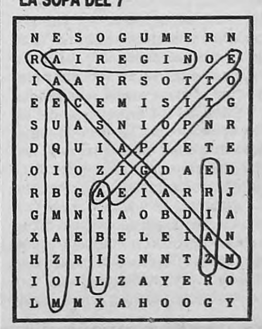
SOLUCIONES

2

"TRANSFORMACION"

CORVA
TORVA
TORNA
TORNO
TERNO
PERNO
PEINO
REINO
RESNO

"LA SOPA DEL 7"



N	E	S	O	G	U	M	E	R	N
R	A	I	R	E	G	I	N	O	E
I	A	A	R	R	S	O	T	T	O
E	E	C	E	M	I	S	I	T	G
S	U	A	S	N	I	O	P	N	R
D	Q	U	I	A	P	I	E	T	E
O	I	O	Z	I	G	D	A	E	D
R	B	G	A	E	I	A	R	R	J
G	M	N	I	A	O	B	D	I	A
X	A	E	B	E	L	E	I	A	N
H	Z	R	I	S	N	N	T	Z	M
I	O	I	L	Z	A	Y	E	R	O
L	M	M	X	A	H	O	O	G	Y

NUMERO OCULTO

1. 9254
2. 1408